

Historia y comunicación social

ISSN: 1137-0734

 EDICIONES
COMPLUTENSE<https://dx.doi.org/10.5209/hics.64943>

¿Revolución o golpe de Estado? El relato sobre el cambio sociopolítico egipcio en la prensa española (2011-2013)

Alfonso Corral¹; Carmela García-Ortega²; Cayetano Fernández Romero³

Recibido: 19 de febrero de 2020 / Aceptado: 20 de enero de 2021

Resumen. Esta investigación estudia y compara la cobertura de la prensa española en torno a los eventos determinantes de la primavera egipcia para conocer si se entendió como una revolución o como una sucesión de golpes de Estado. En concreto, por medio de un análisis de contenido cualitativo, se examinan los 128 editoriales que *ABC*, *El Mundo*, *El País* y *La Vanguardia* ofrecieron entre 2011 y 2013. Los principales hallazgos manifiestan que no existe un discurso mediático uniforme, aunque aparezcan acuerdos concretos como culpabilizar al islamismo por el naufragio sociopolítico o no condenar abiertamente el golpe de Estado de julio de 2013. Con matices, la lectura final que prevalece es que la revolución de 2011 culminó con un golpe de Estado social para salvaguardar la democracia.

Palabras clave: Egipto, primavera árabe, islamismo, discurso, democracia.

[en] Revolution or coup? The narrative of the Egyptian socio-political change in the Spanish newspapers (2011-2013)

Abstract. This research studies and compares the coverage of the Spanish newspapers in the determining events of the Egyptian spring to know if it was understood as a revolution or as a succession of coups d'état. Specifically, by means of a qualitative content analysis, the 128 editorials that *ABC*, *El Mundo*, *El País* and *La Vanguardia* offered between 2011 and 2013 are examined. The main findings show that there is no uniform media discourse, even if there are specific agreements such as blaming Islamism for the socio-political collapse or not openly condemning the coup of July 2013. With nuances, the narrative that prevails is that the 2011 revolution ended with a social coup to safeguard democracy.

Keywords: Egypt, Arab Spring, Islamism, discourse, democracy.

Sumario. 1. Introducción. 2. El relato mediático occidental de lo araboislámico. 3. Golpe de Estado versus revolución. 4. Metodología. 5. Resultados. 5.1. La caída de Mubarak. 5.2. La transición a la democracia. 5.3. El triunfo islamista. 5.4. El definitivo golpe de Estado. 5.4.1. Ser o no ser golpe de Estado: relatos y posicionamientos mediáticos. 6. Conclusión. 7. Bibliografía. 8. Bibliografía en línea.

Cómo citar: Corral, A.; García-Ortega, C.; Fernández Romero, C. (2021). ¿Revolución o golpe de Estado? El relato sobre el cambio sociopolítico egipcio en la prensa española (2011-2013). *Historia y comunicación social* 26(2), 583-592.

1. Introducción

El derrocamiento del presidente egipcio Hosni Mubarak, ocurrido el 11 de febrero de 2011, ha sido catalogado como el evento sociopolítico más significativo que se ha vivido en el mundo araboislámico desde que la Revolución Islámica de 1979 motivara la caída del sah en Irán (Rogan, 2012: 783). Hablamos, pues, de un hecho cuya magnitud quedó reforzada a finales de ese año de la mano de dos escenarios comunicativos globales: la etiqueta más popular en Twitter durante 2011 fue *#Egypt* y la revista *Time* eligió al “manifestante” como *Person of the Year* (Twitter, 2011; Greene y Kuswa, 2012: 271).

Esta relevancia también puede explicarse desde un prisma mediático, porque El Cairo se convirtió en el centro periodístico internacional desde el 25 de enero (Córdoba Hernández, 2015), justo cuando se iniciaron las protestas callejeras que exigían la dimisión de Mubarak y mayores cotas de democracia, justicia y libertad. Es cierto que los

¹ Universidad San Jorge, Zaragoza
Email: acorral@usj.es. ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-0539-1314>

² Universidad San Jorge, Zaragoza
Email: cgarcia@usj.es. ORCID: <http://orcid.org/0000-0002-8046-1653>

³ Universidad San Jorge, Zaragoza
Email: cfernandez@usj.es. ORCID: <http://orcid.org/0000-0002-6547-8270>

periodistas y analistas estaban alerta porque los incidentes egipcios parecían una secuela de lo acontecido en Túnez pocos días antes: allí, el 14 de enero, otra revuelta social puso fin a los veintitrés años de gobierno de Zine El Abidine Ben Ali. No es de extrañar, por tanto, que las crónicas periodísticas transfiriesen una insólita euforia por los procesos que estaban sucediendo en el Norte de África (Rane, Ewart y Martinkus, 2014; Corral-García y Fernández Romero, 2015). Un optimismo que se incrementó todavía más cuando las manifestaciones se trasladaron a otros países norteafricanos como Marruecos, Argelia y Libia, o mediorientales como Yemen, Bahréin, Jordania y Siria (González del Miño, 2014). En definitiva, la “primavera” parecía llegar al mundo árabe y todo hacía pensar que traería consigo la democracia (Ben Jelloun, 2011).

Ahora bien, solo a Egipto se le reconoce como la “piedra angular” del mundo árabe (Rodríguez, 2012:31). Ello se ilustra por su historia ancestral, por su población (uno de cada tres habitantes árabes es egipcio) o por ser referente en términos religiosos (El Cairo es la sede de la Universidad Al Azar, la institución más influyente en el islam suní), políticos (cuna del nacionalismo árabe o los Hermanos Musulmanes), culturales (la meca árabe de la literatura, el cine, la música o el teatro) y, por supuesto, turísticos (Maalouf, 2019; Amirah Fernández, 2011:11; De Aristegui, 2011:154; Majdoubi, 2012: 43).

En este contexto, la presente investigación analiza el relato que la prensa española forjó sobre los principales eventos sociopolíticos de la primavera egipcia para descubrir si ha prevalecido la idea de revolución o, en cambio, la de una sucesión de golpes de Estado. La razón de estudiar las lecturas y discursos que la prensa española procuró sobre el cambio egipcio se encuentra en los postulados de la teoría del *framing*, un paradigma que describe el proceso de selección de unos pocos elementos de la realidad percibida y el montaje de una narrativa para promover interpretaciones particulares (Entman, 2007:164). En otras palabras, el *framing* (o encuadre) actúa como una idea organizadora del contenido informativo al ofrecer un contexto y sugerir cuál es el tema mediante el uso de la selección, el énfasis y la exclusión (Tankard, 2001:98). A consecuencia de ello, la cobertura mediática de un evento puede ser enmarcada desde diferentes ángulos que llevan a los lectores a interpretar un asunto de manera particular (Shah et al., 2004).

Nos sirve de ejemplo la Revolución bolchevique de 1917, que también fue objeto de un estudio documental para discernir si se trató un golpe de Estado o una revolución (Hermida Revillas, 2002). Si entonces se remarcaba que “las mentiras, las verdades a medias y las calumnias siguen estando, por tanto, a la orden del día en la historiografía denominada académica” (p. 111), con más motivo queremos averiguar cómo se trató mediáticamente el caso egipcio. No debe olvidarse que, además de la comunicación o el periodismo internacional, aquí examinamos la historia del presente porque, en pleno siglo XXI, hemos de ampliar el análisis de documentos escritos y archivos hasta las redacciones, los estudios de televisión, internet o el propio tejido informativo mundial (Córdoba Hernández, 2009). De hecho, los medios de comunicación no solo crean realidades sociales, sino que también determinan el curso de la historia con sus relatos.

En nuestro caso, con este novedoso trabajo que se apoya en materiales hemerográficos nos hemos fijado cinco objetivos: 1) descubrir si el discurso sufrió evoluciones; 2) demostrar si predominó la idea de revolución o se interpretó como una sucesión de golpes de Estado; 3) conocer si hubo héroes y antihéroes, o víctimas y verdugos (García Gordillo, 2004); 4) comprobar si la prensa fue crítica con el islam y, desde un prisma político, con el islamismo; y 5) esclarecer si se legitima la máxima esencialista de que la democracia es incompatible con lo araboislámico. La consecución de estos propósitos se realizará mediante un análisis de contenido cualitativo, que se explica en el apartado dedicado a la metodología. Ahora es el momento de exponer los fundamentos teóricos del presente trabajo.

2. El relato mediático occidental de lo araboislámico

Después de analizar un dilatado conjunto de escritos y discursos, Said (2010) concluyó que la percepción actual del islam y lo árabe está ligada al despliegue colonial británico y francés en Oriente Medio y el Norte de África, al que se unió Estados Unidos a partir de la Segunda Guerra Mundial. No obstante, ya desde las cruzadas, el oriente islámico se viene describiendo como un lugar misterioso, exótico y erótico en el que se desarrollan escenas crueles y bárbaras, donde los musulmanes son recreados como gentes malvadas, depravadas, licenciosas, ignorantes, estúpidas, sucias, inferiores, monstruosas, feas, fanáticas o violentas (Sardar, 2009:19).

Si los precursores del discurso orientalista fueron diplomáticos, académicos, comerciantes o grandes literatos, con el desarrollo global de los medios de comunicación en el siglo XX hubo que añadir a periodistas y analistas (Said, 2005:75). Desde la creación del Estado de Israel en 1948, el foco mediático occidental empezó a preocuparse cada vez más por Oriente Medio y el Norte de África; es más, como los sucesos notorios que tenían lugar no se adscribían siempre a los intereses occidentales (descolonización, crisis del petróleo, Revolución iraní, guerra de Líbano o primera guerra del Golfo, por ejemplo), el panorama discursivo se deterioró (Ibrahim, 2010; Kumar, 2010). Esto también afectó al caso español con dos asuntos como la independencia de Marruecos o la cuestión del Sáhara Occidental (Martín Corrales, 2004; González Alcantud, 2002).

Ahora bien, para alcanzar ese paradigma que justifica que el mundo araboislámico es el auténtico enemigo del mundo occidental por motivos históricos y culturales, esto es, la teoría del choque de civilizaciones (Lewis, 1990; Huntington, 1997), tuvieron que concurrir tres circunstancias. Primero, desde el último tercio del siglo XX, los movimientos migratorios dilataron la presencia del islam en territorios occidentales (Modood, Triandafyllidou y

Zapata-Barrero, 2006). Después, con el colapso del bloque soviético en los años noventa, Occidente perdió a su enemigo ideológico de la Guerra Fría (Ibrahim, 2010; Kumar, 2010). Finalmente, nada más comenzar el siglo XXI, este círculo se cerró con los atentados terroristas de Nueva York, Madrid y Londres (Bensalah, 2006; Khader, 2016).

A partir de entonces, a los marcos clásicos se sumaron otros como el fundamentalismo, el despotismo, el sexismo, lo sanguinario o lo suicida (Bensalah, 2006; Ibrahim, 2010; Khader, 2016; Kumar, 2010). Tanto es así que en las sociedades occidentales se han vuelto comunes los actos de islamofobia (Alba Rico, 2015), una forma de intolerancia religiosa o racismo cultural que refleja hostilidad hacia lo araboislámico a partir de la imagen del islam como enemigo, como una amenaza a “nuestro” bienestar e incluso a “nuestra” supervivencia (Bravo López, 2011: 569).

En este sentido, pese a que varios estudios han analizado el tratamiento mediático hacia lo araboislámico en España, no existe acuerdo para afirmar que predomine la islamofobia periodística (Durán, 2019; Bensalah, 2006; Calvo Barbero y Sánchez-García, 2018; López et al., 2010; Hafez, 2016; Piquer Martí, 2015). En cambio, sí parece hallarse una conclusión conjunta: el discurso sigue reforzando que la democracia y lo araboislámico son incompatibles, es decir, uno de los prejuicios más anquilosados con los que el mundo occidental observa a su homólogo árabe, junto a otros como el atraso o la resistencia al cambio (Grosfoguel, 2011; Valenzuela, 2012; Álvarez-Ossorio, 2013).

3. Golpe de Estado versus revolución

La frontera entre los diferentes tipos de maniobras políticas (motín, rebelión, revuelta, levantamiento, revolución, golpe de Estado...) es tan sutil que muchas veces se emplean indistintamente (Ellul, 1973). De ahí que todo dependa del concepto que se tome. La idea de golpe de Estado acuñada por Naudé se refería, tal y como recoge Martínez (2014: 195), a las acciones osadas y extraordinarias que ejecutaban los príncipes “en asuntos tan difíciles como desesperados, en contra de la ley común y con independencia de cualquier ordenamiento o forma de justicia, poniendo en juego el interés particular para beneficio del bien común”. En cambio, esta estrategia política que necesita del secretismo (González Calleja, 2001) en la actualidad se aproxima más bien a

“las acciones concatenadas y realizadas en un corto espacio de tiempo (exitosas o no) encaminadas, mediante la amenaza (creíble pero no forzosamente materializada), a remover (o a impedir que se alcance) el poder ejecutivo, por parte de un pequeño grupo con alta capacidad de disuasión que utilizará cauces ilegales –no siempre agresivos, aunque pueden serlo llegado el caso, pero sí que violentan–, que luego tratará de justificar arguyendo la defensa de unos intereses propios a ese grupo que se revisten de colectivos y que vienen a paliar el desastre al que abocaba la acción del Gobierno depuesto” (Martínez, 2014: 203).

Ya sea desde su nivel teórico, práctico o conceptual, este término admite matices (Martínez, 2014) y puede aparecer acompañado de adjetivos como ‘militar’, ‘palaciego’ o ‘blando’. De hecho, el rol del Ejército suele ser determinante en la mayoría de los golpes de Estado. Así lo entiende Rey (2002) cuando rememora las cuatro fases de intervención de las jerarquías castrenses elaborados por Finer: a) la presión, esto es, mediar en el rumbo político del Estado basándose en razones o emociones; b) la amenaza, el chantaje o la extorsión, que implica desde retirar su apoyo hasta levantarse en armas; c) desplazar un gobierno civil por otro también civil mediante el recurso o la amenaza del uso de la violencia; y d) acabar con un gobierno civil y establecer otro militar, aunque luego se presente como una junta cívico-militar.

A juicio de González Calleja (2001), el golpe de Estado puede ser el preludio de una crisis bélica e incluso de un proceso revolucionario, por lo que ambos términos están relacionados. En el caso del concepto de revolución hay dos momentos históricos claves: parece que se dio por primera vez en la Revolución inglesa de 1688, conocida como la *Gloriosa*, y se generalizó con la Revolución francesa de 1789 (Villoro, 1993). Una revolución no es un simple cambio, aunque conlleva un punto de inflexión, es decir, la ruptura con lo anterior y el comienzo de otra etapa (Arendt, 1988; Galindo Lara, 2005).

Además, en esta conversión debe originarse un nuevo cuerpo político, que está destinado a ser permanente y, a la vez, mantiene los anhelos y ánimos que impulsaron su búsqueda (González Calleja, 2001). En suma, una revolución se caracteriza por cuatro elementos: es novedosa, persigue mayores cotas de libertad, conlleva violencia o la ruptura del orden establecido y, finalmente, genera un proceso de cambio irresistible o inevitable (Priego, 2011). Llegados a este punto, pasamos a presentar la metodología empleada en la investigación, que nos permitirá averiguar cómo catalogó la prensa española los diferentes sucesos ocurridos en Egipto.

4. Metodología

Para conocer cómo se definió el proceso de cambio sociopolítico egipcio según el relato mediático, se ha realizado un análisis de contenido cualitativo. La elección de esta técnica se explica, fundamentalmente, por cuatro motivos: permite captar los significados y los matices de cada texto; muestra las argumentaciones de los artículos con sus propósitos y connotaciones; permite diferenciar las coberturas de cada periódico; y posibilita el reconocimiento de las variaciones surgidas a lo largo del periodo analizado (Zugasti, 2004). Por otra parte, si bien la prensa transmite opinión e imprime su *framing* a través de casi cualquier tipo de texto (Armañanzas y

Díaz Noci, 1996), nos centramos en el editorial por ser el género que muestra el perfil ideológico y periodístico de los diarios (Canel, 1999) y permite explicar los hechos, situarlos a través de la formulación de antecedentes, predecir el futuro y formular juicios (Santamaría y Casals, 2000). Puesto que el análisis de contenido cualitativo está vinculado con el discurso latente, precisa de una mayor contextualización, lo que hace necesario manejar muestras reducidas (Schreier, 2012).

En nuestro caso, trabajamos con 128 editoriales, publicados entre 2011 y 2013, por *ABC*, *El Mundo*, *El País* y *La Vanguardia*, es decir, los diarios de referencia en España (Armañanzas y Díaz Noci, 1996). Si el proceso se inició con la caída de Mubarak, el hito concluyente se dio en el verano de 2013, cuando el presidente elegido en 2012, Mohammed Mursi, perteneciente a los Hermanos Musulmanes, fue destituido tras un golpe de Estado asestado por el Ejército y amparado por diferentes colectivos sociales y opositores (Elena, 2016). Este caso fue único en toda la región y devolvió a Egipto hasta la primera línea informativa. Para descubrir la evolución de la cobertura y de los discursos periodísticos se dividió el proceso en cuatro fases (tabla 1) y se aplicó a cada una de ellas un sistema de categorías abiertas, esto es, una estructura a la que se podían sumar, eliminar o reformular categorías en función de su capacidad para captar el sentido oculto de los textos (Ruiz Olabuénaga, 2012).

Tabla 1. Fases del proceso de cambio en Egipto y editoriales publicados por cada diario

Fase	Intervalo temporal	Número total de editoriales	Editoriales publicados por <i>ABC</i>	Editoriales publicados por <i>El Mundo</i>	Editoriales publicados por <i>El País</i>	Editoriales publicados por <i>La Vanguardia</i>
1. La caída de Mubarak	Del 24 de enero de 2011 al 16 de febrero de 2011	37	11	8	12	6
2. La transición tutelada	Del 24 febrero de 2011 al 25 de febrero de 2012	26	8	6	8	4
3. Elecciones y gobierno de Mursi	Del 28 de febrero de 2012 al 14 de abril de 2013	32	4	6	14	8
4. El golpe de Estado	Del 2 de mayo de 2013 al 29 de diciembre de 2013	33	5	12	10	6

Fuente: elaboración propia.

Antes de conocer los hallazgos obtenidos con la aplicación de esta metodología, ofrecemos las hipótesis que se quieren confirmar o refutar:

H₁ No existe acuerdo entre los cuatro diarios a la hora de concretar e interpretar los principales sucesos egipcios.

H₂ La cobertura y el posicionamiento mediático están sesgados por intereses políticos y criterios de afinidad cultural y religiosa, es decir, se percibe cierta oposición a que las opciones islamistas estén en el poder.

H₃ El definitivo golpe de Estado de julio de 2013 fue visto como un mal menor por la prensa española.

5. Resultados

La presentación de resultados se ha estructurado en cuatro epígrafes, uno para cada una de las fases con las que delimitamos el proceso sociopolítico egipcio. De esta manera se clarifica la comprensión de la historia y la presentación de los relatos mediáticos. Asimismo, nos centraremos en la exposición de los casos en los que la prensa española apostó por la denominación de golpe de Estado, un término más restrictivo que revuelta, revolución o primavera árabe, y que fue utilizado con mayor interés y precisión por los diarios. Es decir, cuando lo emplearon, lo hicieron con pleno sentido y con una intención. De hecho, como veremos en las próximas páginas, llegaron a introducir algunas evoluciones a la locución: golpe blando, golpe judicial, golpe suave, golpe militar, contragolpe, etcétera

5.1. La caída de Mubarak

El primer episodio corresponde al inicio de las manifestaciones que el 11 de febrero de 2011 pusieron fin a treinta años de Gobierno de Mubarak. En este sentido, el único diario que planteó la renuncia de Mubarak como un “golpe de Estado blando” fue *El Mundo* cuando rubricó que el Ejército había obligado al presidente “a firmar un documento en el que presentaba su dimisión y transfería el poder al Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas” (12-02-11).

También sentenció que fue “acogido con euforia” por un pueblo que esperaba la promesa castrense de convocar elecciones. En el fondo, refrendaba su discurso del día previo, donde había pronosticado un posible “golpe militar” como una de las dos alternativas para dar viabilidad a las demandas populares; la otra parecía más perjudicial: “Una explosión de violencia en la calle, cuyas consecuencias serían imprevisibles” (11-02-11).

Es cierto que el resto de los rotativos también expusieron que el Ejército obligó a que Mubarak dejase el cargo, pero nunca lo catalogaron como un golpe de Estado. *La Vanguardia*, por ejemplo, antes de su caída, había contextualizado que en el mundo árabe “lo habitual es que los relevos se den por causas biológicas o por golpes de Estado” (06-02-11), aunque en su relato de la caída de Mubarak prefirió sumarse a la línea revolucionaria iniciada poco tiempo antes en Túnez de acuerdo con su titular “Un cambio histórico” (12-02-11).

5.2. La transición a la democracia

Este segundo periodo transcurre entre el 24 de febrero de 2011 y el 25 de febrero de 2012, esto es, entre la segunda “Marcha del millón de hombres” que exigía reformas palpables a los encargados de pilotar la transición y el final del juicio a Mubarak. Como en este intervalo no se han encontrado referencias al concepto de golpe de Estado, ofrecemos una síntesis de la terminología empleada para definir el proceso egipcio.

A los vocablos habituales “revuelta” y “revolución” hubo que sumar “primavera árabe”, una nueva denominación que sirvió para bautizar al fenómeno sociopolítico que afectaba a varios países árabes y que fue manejado por todos los periódicos. Tanto es así que la primera vez que dos diarios emplearon esta categoría en sus editoriales fue cuando Occidente decidió apoyar económicamente el cambio en los países araboislámicos (*El País*, 28-05-11; *La Vanguardia*, 28-05-11).

Con el avance de los eventos apareció un nuevo apelativo que superaba a la “primavera árabe” en lo característico de las estaciones climáticas: “El otoño árabe”. En verdad, solo fue mencionado por *ABC* (24-11-11) y lo utilizó para presagiar que al mundo árabe le esperaba “el oscuro invierno de los totalitarismos” en forma de islamismo. Y en lo que a Egipto atañe, con sus éxitos en los contextos electorales, así sucedió.

5.3. El triunfo islamista

El tercer intervalo acoge el itinerario comprendido entre la convocatoria de elecciones presidenciales (28 de febrero de 2012) y la publicación de la nueva ley electoral (14 de abril de 2013). Un periodo candente donde el primer hito determinante ocurría en junio de 2012 y servía para despejar las dudas mediáticas sobre las decisiones políticas del Ejército durante la transición. Solo *El País* lo recogió en “Golpe suave en Egipto” (15-06-12), un editorial que trataba la sentencia del Tribunal Constitucional por la que se disolvía el Parlamento tras “considerar inconstitucionales las elecciones de seis meses atrás”. Este Tribunal, “dominado por jueces del régimen del depuesto Hosni Mubarak”, había producido “un golpe de Estado, suave pero golpe”.

El “golpe judicial” que recalca *El País* estaba “claramente dirigido contra los Hermanos Musulmanes”, vencedores de las legislativas y revitalizados con este fallo que llegaba a escasas 48 horas de la segunda vuelta de las presidenciales, pues “todos los grupos islamistas” se unieron en torno a Mohammed Mursi, candidato del Partido de la Libertad y la Justicia (el brazo político de la Hermandad). En esa segunda cita, su oponente era Ahmed Shafiq, la opción castrense.

La segunda vuelta de las presidenciales llegó en un escenario perfectamente dibujado en el editorial que *El Mundo* tituló “Egipto podría tener un presidente sin poder” (19-06-12). Algo similar plasmó *La Vanguardia* en su artículo “Egipto, la democracia custodiada” (19-06-12) cuando remarcaba que la votación se celebró en el marco de esa decisión constitucional que calificó de “golpe blando”, además de ser “la última puñalada a la primavera árabe y a las ansias de democratización y renovación del país”. Tampoco vaciló al plantear el desencanto de los que anhelaban un cambio político radical con este interrogante: “¿Para qué ir a votar entre lo malo y lo peor?”. A su juicio, si el ganador era Shafiq, se confirmaría “el golpe contrarrevolucionario” que podría deparar choques callejeros “entre islamistas y militares”.

Hubo que esperar hasta el 24 de junio de 2012 para conocer los resultados definitivos que encumbraron al islamista Mursi por un ajustado margen (51% de los votos). Su triunfo sembró más sombras que luces: si se entendió como positivo e histórico por haberse dado en un clima de libertad, había muchos retos e incógnitas a los que dar respuesta. Por citar solo algunos: cultivar buenas relaciones con los mandos militares y garantizar su autonomía a la hora de gobernar, integrar a todos los colectivos políticos y sociales, mantener la tradición secular, proteger a la minoría copta, conservar las buenas relaciones con Israel y la estabilidad en la región, recuperar la maltrecha economía o poner fin al desempleo, la pobreza y la corrupción.

Durante su periplo gubernamental, la prensa española se hizo eco de dos iniciativas oficiales que a la postre resultaron decisivas. La primera tuvo lugar en noviembre de 2012, cuando Mursi dictó varios decretos autoritarios para garantizar que la inminente Constitución fuese acorde a sus intereses y blindarse de la justicia y del resto de los poderes estatales. Esta situación originó manifestaciones y duros encontronazos entre partidarios y detractores del presidente, un caos que se tradujo de nuevo en víctimas mortales. La segunda medida, ya en diciembre, concierne a la redacción de la Carta Magna de carácter islamista y al consiguiente referéndum al proyecto constitucional, lo que

polarizó todavía más a la sociedad egipcia. Ahora bien, únicamente *El País* valoró sus iniciativas como el “golpe de Morsi”, en una clara alusión al concepto de golpe de Estado (27-11-12).

Ambas realidades provocaron que el presidente Mursi y los Hermanos Musulmanes perdieran el escaso crédito que tenían entre los diarios españoles. Su autoritarismo y el recrudecimiento de la violencia hicieron que los editoriales auguraran un rápido final no solo para la era Mursi, sino también para cualquier esperanza sobre el proceso democrático egipcio iniciado en enero de 2011. De hecho, en los cada vez más pesimistas y catastrofistas relatos mediáticos empezaba a sopesarse la opción de una intervención militar.

5.4. El definitivo golpe de Estado

El capítulo final recoge los principales eventos que se vivieron entre el 2 de mayo y el 29 de diciembre de 2013. Si la primera fecha corresponde al inicio de la campaña de recogida de firmas para exigir la renuncia de Mursi, la segunda, a la iniciativa gubernamental que declaró a los Hermanos Musulmanes como una organización terrorista.

Los diarios venían pronosticando cómo podría producirse el final de Mursi desde la fase previa y todo pareció clarificarse cuando, a finales de junio de 2013, la emblemática plaza Tahrir volvió a atraer a centenares de miles de personas para pedir su salida. Ante tal clamor popular, el Ejército brindó un ultimátum de 48 horas al presidente para alcanzar acuerdos con las fuerzas de la oposición; de lo contrario, impondrían una nueva hoja de ruta que conllevaba suspender la Constitución y formar un gobierno tecnócrata. El presidente lo tenía todo en su contra por el contexto socioeconómico, las muertes en los choques callejeros y las dimisiones en su Gobierno, que acercaban su final.

El órdago castrense se hizo efectivo y Mursi fue depuesto el 3 de julio de 2013 como consecuencia de un golpe de Estado que reunía, entre otros colectivos, a partidos políticos y personalidades de la oposición, movimientos juveniles, jerarquías musulmanas, coptos y los propios militares. El nuevo hombre fuerte del país era el general Abdel Fatah Al Sisi, jefe de las Fuerzas Armadas egipcias. En este escenario, a Mursi solo le quedaba implorar una resistencia pacífica en las calles. Y se materializó en forma de acampadas islamistas.

A nivel periodístico, cabe destacar que todos los diarios acogieron el final de Mursi en sus editoriales del 4 de julio de 2013. Sus lecturas fueron bastante coincidentes, pero no completamente análogas. En este sentido, *El País* valoró que la maniobra militar contaba con el apoyo social porque Mursi había defraudado las esperanzas de los egipcios (04-07-13), mientras que *ABC* insistió en el hartazgo y el desencanto de los ciudadanos (04-07-13). Este hecho fue concebido por *La Vanguardia* como un “contragolpe asestado a un proceso de islamización del conjunto de la sociedad dirigido por un gobierno de elección democrática” (04-07-13), una realidad que para *El Mundo* fue calificada de paradójica: a su juicio, los mismos que pidieron el final de Mubarak exigieron al Ejército que asestase un golpe contra la democracia (04-07-13). Pero no estaba todo dicho, porque a partir de entonces comenzó el verdadero análisis del nuevo escenario egipcio.

5.4.1. Ser o no ser golpe de Estado: relatos y posicionamientos mediáticos

Para nuestros propósitos, resulta prioritario atestiguar cuál fue el relato periodístico imperante en torno al golpe de Estado, pues debemos recordar que una de las hipótesis plantea que la asonada militar del 3 de julio fue concebida como un mal menor por los rotativos españoles. En otras palabras, la pretensión es descubrir si los diarios ofrecieron una lectura favorable o contraria a la maniobra del Ejército. Con el objetivo de facilitar su comprensión, hemos decidido agrupar todos los discursos editoriales de cada periódico siguiendo un orden alfabético y cronológico, lo que además permite esclarecer si hubo cambios o evoluciones.

El día después del golpe de Estado, *ABC* apostó por la denominación “el ‘invierno’ del golpe militar” para simbolizar el fracaso del proceso sociopolítico egipcio que había empezado con “un increíble impulso renovador” (04-07-13). A su juicio, el “gesto de dar un ultimátum de 48 horas al presidente elegido ya era equivalente a un golpe de Estado”. Parecía entonces que *ABC* se mostraba contrariado ante el golpe militar, pero al revisar en profundidad ese mismo editorial –ya desde su titular “Golpe en Egipto a la marea islamista”–, se puede certificar que no hubo una condena abierta a la decisión de los militares y sí a la gestión del presidente Mursi, sobre todo, por su deriva islamista.

Con el tiempo, cambió de parecer y denunció decididamente el golpe militar. Tras el desalojo de las acampadas islamistas, *ABC* afirmó que lo sucedido en Egipto era “una de las mayores tragedias” porque condenaba a “un gran pueblo a elegir entre la dictadura o el desorden y la violencia” (16-08-13). Y rubricó que, “por desgracia”, los militares confundieron la “tibia” respuesta occidental “con la anuencia pragmática hacia lo que fue un golpe de Estado que no puede ser justificado”. Días más tarde, *ABC* recurrió al lenguaje ambivalente porque, mientras criticaba al nuevo régimen, refrendaba que no se podía “desarbolarse al Estado exigiendo sin más la restitución del islamista derrocado” (18-08-13). Por lo tanto, este diario propuso una doble censura contra el golpe y contra el Gobierno de Mursi, lo que simboliza una condena a medias.

Por su parte, *El Mundo* definió el golpe como “una quiebra de la legalidad democrática y [...] una acción violenta” que cercenaba la “voluntad expresada en las urnas por el pueblo” (04-07-13). No obstante, su posicionamiento sufrió algunos vaivenes. Primero, refinando su relato, consideró que el golpe había sido “prácticamente incruento” porque hubo “una quincena de muertos en un país de más de 80 millones” (05-07-13). Poco después sostuvo que el rechazo de los salafistas de Al Nur al nombramiento de Mohamed El Baradei como primer ministro era “un golpe a la

hoja de ruta” planteada por el Ejército “para devolver la normalidad a Egipto” (08-07-13). Es decir, un golpe al golpe de Estado que dificultaba las buenas intenciones castrenses. Eso sí, por más que la asonada contra Mursi fuese para abortar el islamismo “que había tomado la revolución labrada en las calles” (15-08-13), tampoco vaciló al referirse al nuevo Ejecutivo como “Gobierno golpista” (18-08-13).

Finalmente, con el devenir de los acontecimientos, *El Mundo* interpretó que no había opción positiva en el contexto político egipcio porque, si la Hermandad propuso una “dictadura islamista”, el golpe de Estado engendraba “una dictadura militar” (22-08-13). Por lo tanto, los dos escenarios eran negativos. En suma, aunque la desaprobación de la maniobra militar a veces no resultó tan evidente, para *El Mundo* no hubo buenos o malos: todos fueron verdugos. En algunos momentos, su desencanto alcanzó la máxima expresión: “La llamada Primavera Árabe nunca llegó a florecer” (28-07-13).

El caso de *El País* no parece diferir mucho de los anteriores. De inicio, lo definió como “un golpe atípico” pese a concretar que “la entrada en escena de las Fuerzas Armadas siempre es una mala noticia que hay que condenar” (06-07-13). Enfrente estaba Mursi, quien “con su pretensión de imponer un régimen autocrático de corte islamista” parecía empeñado en “destruir la democracia”. Con esta lectura, *El País* se aproximaba a los “millones de egipcios” discordantes con su gestión, aunque puntualizaba: “Deponer a un mandatario elegido en las urnas” suponía “un pésimo precedente” y significaba “un primer fracaso para la transición”, pero nunca “la defunción del proceso”.

Después, habló de “golpe castrense” (28-07-13) y, más tarde, suscribió que no existían diferencias entre este “violento golpe militar” y “los episodios golpistas que abrieron las puertas a las dictaduras de Pinochet en Chile y de Videla en Argentina” (18-08-13). Entonces, *El País* condenó el golpe de Estado, pero dando cierta validez al nuevo régimen: ante el clima de represión y violencia, los militares se decantaron por “el peor camino en vez de buscar rápidamente el diálogo y la reconciliación”. Finalmente, este rotativo subrayó que el golpe de julio fue una “contrarrevolución” contra Mursi, aquel que “traicionó a sus votantes y secuestró el incipiente proceso democrático para intentar imponer un Estado islámico que no deseaban sus compatriotas” (24-08-13).

Por último, *La Vanguardia* delimitó el hecho como un “contragolpe asestado a un proceso de islamización del conjunto de la sociedad dirigido por un gobierno de elección democrática” (04-07-13). Su discurso ofreció algunas dudas desde este primer editorial: al igual que recriminaba a Mursi por centrarse en “ensanchar sus poderes” y no cumplir sus promesas, condenaba “el contragolpe militar para desalojar un poder democráticamente constituido” que, para su desaliento, podía “tener muy serias consecuencias para Egipto, para el mundo árabe y para el planeta entero”. Su relato se aclaró en otro artículo cuando planteó que “nadie dijo que la denominada segunda revolución –en puridad, un golpe de Estado de manual– fuera a ser un camino de rosas” (06-07-13). A su juicio, si los militares pretendían “justificar, siquiera parcialmente, su golpe” debían trabajar para “fomentar la justicia social y relanzar una economía renqueante”.

Más adelante, este diario ofreció una tercera lectura de los acontecimientos al abordar la perspectiva de los Hermanos Musulmanes, que rechazaban a los “golpistas” o cualquier opción saliente “de un golpe de Estado militar” (12-07-13). Aún hubo tiempo para un último planteamiento: *La Vanguardia* postuló que el Ejército empatizaba “con amplias capas de la población gracias a su común sentimiento nacionalista” (20-08-13). De no haber sido porque, pocas líneas después, desaprobó su tendencia hacia “la viciosa violencia”, parecería que este periódico se situaba claramente del lado castrense. En suma, la tónica discursiva del diario catalán también recrea que Mursi fue merecedor de su final, aunque la represión del Ejército sepultó cualquier posible reconocimiento del nuevo *statu quo*.

6. Conclusión

A lo largo de estas páginas hemos analizado cómo fue la cobertura que la prensa española brindó a los principales eventos del proceso egipcio entre 2011 y 2013. De tal modo, se ha podido constatar que, a la luz del discurso mediático, más que la historia de una revolución democrática, los diarios construyeron un relato caracterizado por los golpes de Estado; una narrativa que oscilaba y mutaba al ritmo que evolucionaban los propios sucesos. No obstante, solo en la maniobra definitiva de julio de 2013 existió pleno acuerdo entre los cuatro diarios para afirmar que se trataba de un golpe de Estado. Es cierto que cada rotativo aportó sus impresiones, calificativos o justificaciones, pero al final parece distinguirse una línea argumentativa uniforme: esta acción era la única vía posible para salvaguardar el proceso democrático abierto en 2011 y que el presidente islamista Mursi estaba dinamitando con su política identitaria. Por ello, se revalida la tercera hipótesis, que planteaba que el golpe de Estado fue concebido como un mal menor por la prensa, pese a que exteriorizó su desorientación: posicionarse a favor de un régimen islamista que gozaba de la legitimidad que otorgan las urnas o amparar una maniobra militar plenamente inconstitucional.

En un inicio, los periódicos se mostraron dubitativos o esquivos para condenar el golpe de Estado con expresa rotundidad, quizá por estar escudado en millones de voces discordantes y diversos grupos opositores a las políticas de Mursi (militares, movimientos juveniles, partidos políticos, personajes ilustres o instituciones religiosas). Dicho de otro modo, el golpe encabezado por Al Sisi fue visto como un paradigma tolerable bajo los pretextos de la deriva islamista de Mursi y su ineficacia para atajar la crisis política, social y económica que asolaba a Egipto. En suma, y siempre con matices, esta lectura del hecho noticioso acerca a los periódicos referentes en España hasta posiciones demagógicas, lo que supone dar la espalda a los valores, principios y derechos democráticos.

En ocasiones, esta postura se ha cimentado únicamente en la crítica, el recelo e, incluso, el miedo al islamismo político —no a la religión islámica—, un encuadre que no sufrió con tanta firmeza otro actor tan decisivo como el Ejército. Fueron los militares los verdaderos protagonistas del proceso egipcio y, posiblemente, los principales artífices de que la democracia no enraizase en el país. De hecho, en ningún momento entre 2011 y 2013 dejaron las riendas del poder, una posición que ostentan desde 1952, cuando el Movimiento de los Oficiales Libres acabó con la monarquía del rey Faruk por medio de otro golpe de Estado. No por ello se pretende aseverar que la maniobra contra Mursi despertase el júbilo o la euforia de los diarios, más bien, todo lo contrario, porque siempre se vivió desde el pesimismo o el desaliento que suponía para el proceso democrático abierto en 2011. Ahora bien, en alguno de los extractos expuestos en los resultados se ha confirmado —al menos de manera sutil— la aparición del clásico prejuicio orientalista e islamófobo que redundaba en que lo araboislámico y la democracia son realidades incompatibles. En cualquier caso, no podemos afirmar que la segunda conjetura se haya cumplido.

Por otro lado, en lo referente a los otros tres momentos significativos ocurridos con anterioridad sí se han hallado interpretaciones variadas, lo que confirma nuestra hipótesis inicial. De este modo, en primer lugar, el hecho de que los mandos castrenses decidieran apartar a Mubarak, siempre al abrigo de las populares manifestaciones de enero de 2011, debe entenderse a juicio de *El Mundo*, el único diario en precisarlo como tal, como un golpe de Estado “blando” y, por tanto, palaciego. Después, justo antes de las presidenciales de 2012, esos mismos militares se sirvieron del poder judicial para efectuar otro golpe (“suave” o “judicial” para *El País*, “blando” o “contrarrevolucionario” para *La Vanguardia*, las dos cabeceras que así lo denominaron) y asegurarse el futuro democrático con el control del legislativo, los presupuestos y la pendiente Constitución. Ya en diciembre de 2012, el presidente Mursi orquestó otros dos golpes de Estado: primero, con el decreto que blindaba su autoridad de las decisiones judiciales y militares; más tarde, con la imposición de la nueva Constitución. Solo *El País* lo definió como el “golpe de Morsi”, aunque las alusiones a estas dos iniciativas fueron constantes en todos los rotativos durante la maniobra definitiva de julio de 2013 que acabó con su gobierno.

Aquí cerramos este trabajo que ha contribuido al debate sobre la construcción mediática de la realidad sociopolítica. Queda pendiente para el futuro emplear esta misma metodología con otros recientes eventos de naturaleza análoga como, por ejemplo, la frustrada movilización de algunos mandos castrenses en Turquía para acabar con el gobierno de Recep Tayip Erdogan, en julio de 2016. Este caso bien podría aproximarse al de Egipto por tratarse de un país islámico —no árabe— gobernado por un partido islamista. De ahí que interese comparar las lecturas periodísticas entre ambos sucesos con el fin de hallar equivalencias o disonancias. Asimismo, también sería pertinente estudiar los relatos, encuadres y discursos mediáticos imperantes en torno a la crisis presidencial venezolana de enero de 2019 y, por qué no, al referéndum de Cataluña de octubre de 2017 o la posterior declaración unilateral de independencia suspendida por el Tribunal Constitucional. Seguramente, así podrá delimitarse con mayor certeza qué entiende la prensa por los conceptos de golpe de Estado y revolución; o qué variables, características o idiosincrasias son significativas para que los hechos sean catalogados de una u otra manera. No es una cuestión trivial, pues el relato mediático bien puede acabar conformando el relato histórico.

7. Bibliografía

- Alba Rico, S. (2015). *Islamofobia. Nosotros, los otros, el miedo*. Barcelona: Icaria.
- Álvarez-Ossorio, I. (2013). “El desarrollo de la sociedad civil árabe y sus retos tras las revueltas populares”. En: Álvarez-Ossorio, I. (ed.). *Sociedad civil y contestación en Oriente Medio y Norte de África*. Barcelona: Cidob, pp. 17-45.
- Amirah Fernández, H. (2011). Prólogo a la edición española. En: Al Aswany, A. *Egipto: las claves de una revolución inevitable*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, pp. 11-12.
- Arendt, H. (1988). *Sobre la revolución*. Madrid: Alianza Editorial.
- Armañanzas, E.; Díaz Noci, J. (1996). *Periodismo y argumentación: géneros de opinión*. Bilbao: Universidad del País Vasco.
- Ben Jelloun, T. (2011). *La primavera árabe. El despertar de la dignidad*. Madrid: Alianza.
- Bensalah, M. (2006). “Islam y representaciones mediáticas”. En: *Revista CIDOB d’Afers Internacionals*, nº 73-74, pp. 69-83.
- Bravo López, F. (2011). “Towards a definition of Islamophobia: approximations of the early twentieth century”. En: *Ethnic and Racial Studies*, nº 34 (4), pp. 556-573. doi: <https://doi.org/10.1080/01419870.2010.528440>
- Calvo Barbero, C.; Sánchez-García, P. (2018). “Islamofobia en la prensa escrita: de la sección de opinión a la opinión pública”. En: *Historia y comunicación social*, nº 23 (2), pp. 509-528. doi: <https://doi.org/10.5209/HICS.62271>
- Canel, M. J. (1999). “El País, ABC y El Mundo. Tres manchetras, tres enfoques de las noticias”. En *ZER*, vol. 4, nº 6.
- Córdoba Hernández, A. M. (2009). *La línea editorial de ABC, El País, El Mundo y La Vanguardia frente al conflicto palestino-israelí: 1993-2004*. Tesis Doctoral, Pamplona: Universidad de Navarra
- (2015). “La fotografía y el texto en la construcción del ‘framing’ de la Primavera Árabe: un análisis del cubrimiento y tratamiento informativo de la prensa de referencia colombiana, en 2011”. En: *Observatorio (Obs*)*, nº 9 (2), pp. 149-172. doi: <https://doi.org/10.15847/obsOBS922015798>

- Corral-García, A.; Fernández Romero, C. (2015). “‘Framing’ y mundo árabe: la cobertura de la prensa española en torno a la revolución tunecina”. En: *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, nº 21 (2), pp. 793-811. doi: https://doi.org/10.5209/rev_ESMP.2015.v21.n2.50885
- De Aristegui, G. (2011). *Encrucijadas árabes: lo que el mundo y España se juegan*. Barcelona: Singular.
- Durán, R. (2019). “El encuadre del islam y los musulmanes: la cobertura periodística en España”. En: *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*, nº 26, pp. 156-181. doi: <http://dx.doi.org/10.15366/reim2019.26.010>
- Elena, M. (2015). “El posicionamiento de medios internacionales ante los movimientos sociales: CNN y Al-Jazeera English en la caída de Morsi”. En: *Communication & Society*, nº 29 (3), pp. 119-131.
- Ellul, J. (1973). *Autopsia de la revolución*. Madrid: Unión Editorial.
- Entman, R. (2007). “Framing Bias: Media in the Distribution of Power”. En: *Journal of Communication*, nº 57 (1). p. 163-173. doi: <https://doi.org/10.1111/j.1460-2466.2006.00336.x>
- Galindo Lara, C. (2005) “El concepto de Revolución en el pensamiento político de Hannah Arendt”. En: *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, nº 195 (47), pp. 31-62. doi: <http://dx.doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.2005.195.42499>
- García Gordillo, M. M. (2004). “Mecanismos de creación de héroes y antihéroes para la opinión pública internacional en periodos de guerra”. En: *Ámbitos*, 11-12, pp. 39-76.
- González Alcantud, J. A. (2002). *Lo moro. Las lógicas de la derrota y la formación del estereotipo islámico*. Barcelona: Anthropos.
- González Calleja, E. (2001). “En las tinieblas del Brumario: cuatro siglos de reflexión política sobre el golpe de Estado”. En: *Historia y Política*, nº 5, pp. 89-122
- González Del Miño, P. (ed.) (2014). *Tres años de revoluciones árabes*. Madrid: Catarata.
- Greene, R. W.; Kuswa, K. V. (2012) “‘From the Arab Spring to Athens, From Occupy Wall Street to Moscow’: Regional Accents and the Rhetorical Cartography of Power”. En: *Rhetoric Society Quarterly*, nº 42 (3), pp. 271-288. doi: <https://doi.org/10.1080/02773945.2012.682846>
- Grosfoguel, R. (2011). “Islamofobia epistémica y ciencias sociales coloniales”. En: *Astrolabio*, nº 6, pp. 43-60.
- Hafez, K. (2016). “Discurso islamófobo en los medios de comunicación”. En: *Afkar Ideas*, nº 50, pp. 23-26.
- Hermida Revillas, C. (2002). “La revolución bolchevique no fue un golpe de estado”. En: *Historia y Comunicación Social*, nº 7, pp. 109-119.
- Huntington, S. P. (1997). *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Barcelona: Paidós.
- Ibrahim, D. (2010). “The Framing of Islam on Network News following the September 11th Attacks”. En: *The International Communication Gazette*, nº 72 (1), pp. 111-125. doi: <https://doi.org/10.1177/1748048509350342>
- Khader, B. (2016). “Reflexiones sobre la islamofobia ‘ordinaria’”. En: *Afkar Ideas*, nº 50, pp. 16-18.
- Kumar, D. (2010). “Framing Islam: The Resurgence of Orientalism During the Bush II Era”. En: *Journal of Communication Inquiry*, nº 34 (3). p. 254-277. doi: <https://doi.org/10.1177/0196859910363174>
- Lewis, B. (1990). “The roots of Muslim Rage”. En: *The Atlantic Monthly*, nº 266 (3), pp. 47-60.
- López, P.; Otero, M.; Pardo, M.; Vicente, M. (2010). *La imagen del mundo árabe y musulmán en la prensa española*. Sevilla: Fundación Tres Culturas.
- Maalouf, A. (2019). *El naufragio de las civilizaciones*. Madrid: Alianza.
- Majdoubi, E. H. (2012). *Revolución por la dignidad en el mundo árabe*. Barcelona: Icaria.
- Martín Corrales, E. (2004). “Maurofobia/islamofobia y maurofilia/islamofilia en la España del siglo XXI”. En: *Revista CIDOB d’Afers Internacionals*, nº 66-67, pp. 39-51.
- Martínez, R. (2014) “Subtipos de golpes de Estado: transformaciones recientes de un concepto del siglo XVII”. En: *Revista CIDOB d’Afers Internacionals*, nº 108, pp. 191-212.
- Modood, T.; Triandafyllidou, A.; Zapata-Barrero, R. (2006). *Multiculturalism, Muslim and Citizenship: A European Approach*. Londres: Routledge.
- Piquer Martí, S. (2015). “La islamofobia en la prensa escrita española: aproximación al discurso periodístico de El País y La Razón”. En: *Dirāsāt Hispánicas*, nº 2. p. 137-156
- Priego, A. (2011). “La primavera árabe: ¿una cuarta ola de democratización?”. En: *UNISCI Discussion Papers*, nº 26, pp. 75-94.
- Rane, H.; Ewart, J.; Martinkus, J. (2014). *Media Framing of the Muslim World. Conflicts, Crises and Contexts*. Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Rey, J. C. (2002). “Consideraciones políticas sobre un insólito golpe de Estado”. En: *Revista Venezolana de Ciencia Política*, nº 21, pp. 9-31.
- Rodríguez, O. (2012). *Yo muero hoy. Las revueltas en el mundo árabe*. Barcelona: Debate.
- Rogan, E. (2012). *Los árabes. Del Imperio otomano a la actualidad*. Barcelona: Crítica.
- Ruiz Olabuénaga, J. I. (2012). *Metodología de investigación cualitativa*. Bilbao: Universidad de Deusto.
- Said, E. W. (2005). *Cubriendo el islam. Cómo los medios de comunicación y los expertos determinan nuestra visión del resto del mundo*. Barcelona: Debate.
- (2010). *Orientalismo*. Barcelona: Debolsillo.
- Santamaría, L. Y Casals, M. J. (2000). *La opinión periodística. Argumentos y géneros para la persuasión*. Madrid: Fragua.
- Sardar, Z. (2009). *Extraño Oriente. Prejuicios, mitos y errores acerca del Islam*. Barcelona: Gedisa.
- Schreier, M. (2012). *Qualitative Content Analysis in Practice*. Londres: Sage.

- Shah, D. V. (et al.) (2004). "The Interplay of News Frames on Cognitive Complexity". En: *Human Communication Research*, nº 30 (1), pp. 102-120. doi: <http://dx.doi.org/10.1093/hcr/30.1.102>
- Tankard, J. (2001). "The empirical approach to the study of media framing". En: Reese, S.; Gandy O.; Grant, A. (eds.). *Framing public life: Perspectives on media and our understanding of the social world*. Mahwah: Earlbaum, pp. 95-106.
- Valenzuela, J. (2012). *Crónica del nuevo Oriente Próximo*. Madrid: Catarata.
- Villoro, L. (1993). "Sobre el concepto de revolución". En: *Theoría*, nº 1, pp. 69-86.
- Zugasti, R. (2004). *Monarquía, prensa y democracia en la transición española: una relación de complicidad (1975-1978)*. Tesis Doctoral, Pamplona: Universidad de Navarra.

8. Bibliografía en línea

- Twitter (2011). *Year in review. Hot topics*. Disponible en: <https://2011.twitter.com/en/hottopics.html> [consultado 21/05/2019]